



Excmo. Ayuntamiento de Orcera

OBRA Nº 21

SEUDONIMO: CLARA

CATEGORIA: RELATO GENERAL

Excmo. Ayuntamiento de Orcera

Plaza de la Iglesia, Orcera. 23370 (Jaén). Tfno. 953480154. Fax: 953480155

EL NAUFRAGIO

Aquellos marineros llevaban más de dos semanas sin arribar al puerto y el barco regresaba de los caladeros con las cajas apiladas y repletas de peces sumergidos unos entre otros. El viaje de vuelta no estaba siendo nada fácil. Se había levantado una tormenta y la lluvia, fruncida por el viento, no dejaba de caer. En el cielo se formaron nubes hinchadas y negruzcas, como anunciando el luto, y el mar, con el color indefinible del acero, movía el barco de un lado a otro como si fuera un animal furioso.

Al acercarse a la barra tuvieron que parar. Las olas rompían muy adentro con una fuerza inusitada y el sonido que producían era como el bramido de un dragón. Los relámpagos caían como cintas blancas deslumbrando la efervescencia del mar. Había que entrar a toda máquina, al rebufo de una ola, y girar hacia la izquierda para ponerse a resguardo antes de que llegara la siguiente y rompiera sobre el costado. El barco esperaba el momento propicio para la entrada moviéndose de un lado a lado como si fuera la cáscara de una nuez. Cuando las olas eran mayores, se elevaba de tal forma que la proa subía sobre su cresta como si quisiera salir volando para hundirse después, en la caída, formando un gran estruendo. Los marineros tenían la mandíbula tensa, con las pulsaciones a mil por hora, y apenas percibieron el granizo que empezaba a caer como si se abriera el cielo. En la punta del arenal y en la playa se divisaba a gente con paraguas contemplando la operación.

A Mauro, uno de los marineros, se le pasó por la cabeza que una de esas personas fuera su hija y miró el reloj. Se percató que a esa hora estaría en el colegio y respiró aliviado. Veía por los ojos de Lucía, así se llamaba. Era menuda y vivaracha como él, con unos enormes ojos azules y una cara luminosa. Pensó en ella. Recordó aquellos plácidos domingos en que la llevaba a pescar en las aguas remansadas de los pedreros a la vieja usanza, con una larga cañavera que él había cortado y secado. Después se bañaban en alguna poza. A ella le gustaba nadar, con los cabellos flotando como algas marinas, y después secar al sol mientras oía, lejano, el bramido del mar en una caracola. Ahora Mauro quería llegar al abrigo del puerto. Quería volver a abrazar a su hija, verla crecer. No dejarla sola después de que, a una edad que no tocaba, un cáncer traidor llegara sin avisar al cuerpo de su madre y acabara con su vida.

El patrón sabía que cualquier cambio era para peor, que esperar era inútil, así que se dispuso a cabalgar la próxima ola para aprovechar su impulso. Avisó gritando a los cuatro tripulantes que le acompañaban para que se agarraran con fuerza a la barandilla de cubierta. El barco salió a toda máquina. El rugido ensordecedor del motor impedía que se oyeran nuevas instrucciones, así que cada cual rumió sus pensamientos en aquellos minutos interminables. Al girar para entrar en el puerto, una corriente que bajaba del río, crecido y con la fuerza de un toro, cegó el impulso del barco. Las máquinas emitían un gruñido ronco y resentido que atravesaba su esqueleto. Era como si los remaches que sujetaban las planchas anunciaran alguna desgracia. Mauro miró hacia atrás y vio que aquella ola gigante que los perseguía avanzaba como lo hacen los monstruos durante un sueño, al contrario que el barco, que entraba con lentitud, como en las pesadillas infantiles. Gritó haciendo bocina con las manos pero ya era tarde. Bramaba el motor pero apenas conseguía avanzar, hasta que la ola postrera abrió sus fauces blancas y rompió contra el barco, ya ladeado, haciendo que se desplazara y la madera crujiese como si la mano de un oso se cerrara sobre un papel arrugado. La ola rodó como un alud escupiendo grandes espumarajos por la cubierta. El patrón salió despedido en el puente de mando y su cráneo quedó estampado contra el hierro situado en la cabecera con tanta fuerza que quedó literalmente empotrado. La sangre formó enseguida un charco oscuro que navegaba por toda la cubierta. Los dos marineros que estaban sujetos al trancanil de estribor recibieron el golpe de mar con menos fuerza y consiguieron asirse a aquel barco que ya era un guiñapo. Los otros dos, los que estaban a babor, salieron despedidos por la borda sobre la mar. Uno de ellos vio la orilla muy cerca, el final de la playa estaba allí mismo, llamándole como las sirenas llamaban a Ulises. Cayó en la tentación de nadar contra la corriente para acercarse. La trampa feroz de los remolinos y de las corrientes contradictorias, invisibles, agotaron aquellos brazos que luchaban inútilmente por acercarse a la orilla hasta que fue engullido por el agua y desapareció. El otro era Mauro. Intentó pensar. Intentó superar el miedo y el frío. Recordó cuando, siendo un niño, se preguntaba por qué unas cosas flotan y otras no y jugaba con los amigos tirando cajas de pescado que después recogían en el otro extremo de la playa, en la *Punta del Pozo*, y se acordó de la extrañeza que le producía aquel recorrido misterioso. Después, de mayor, pensando en ello, había establecido la tesis de que aquella curvatura en los objetos flotantes se daba cuando había crecida en el río, la marea estaba bajando, y una colina que se abría entre el mar y la ría apantallaba los vientos del norte. Justo lo que pasaba ahora. Así que decidió dejarse llevar, intentar

mantenerse a flote y no perder la calma al comprobar que la ría lo arrastraba hacia las profundidades del mar. Además no tenía otra opción porque la corriente del río hacia afuera, tal como tiraba ahora, no la contrarrestaba ni un fueraborda.

Veía alejarse la línea de costa y su fe en que las corrientes lo arrastraran hacía el otro extremo de la playa empezaba a desvanecerse. Había superado la zona donde rompían las olas y llenaba los pulmones de aire cada vez que veía acercarse el lomo de la siguiente para aguantar debajo de ella. Después, entre ola y ola, sacaba fuerzas para emerger y agitar los brazos, como una mariposa atrapada, para que no lo perdieran de vista. Notaba la vibración de sus sienas membranosas y sentía flotar sus ojos en las órbitas como hielos en un vaso. En medio del fragor creyó oír el ruido de un helicóptero, pero se dio cuenta de que era más un deseo que otra cosa, pues con aquel viento un helicóptero no podía volar. Quizás era el ruido de una ambulancia, o de la policía, o quizás ya estaba muerto y estaba soñando desde otro mundo. Las extremidades estaban ya atenazadas por el frío y por el esfuerzo, había perdido toda esperanza, y solo lamentaba no ver a su hija, no poder protegerla. De pronto sintió que una corriente lateral lo empujaba en otra dirección que no era mar adentro. Intentó sacar fuerzas de donde no las había y comprobó que se estaba acercando hasta las rocas que bordeaban la *Punta del Pozo*. Allí vislumbró, enganchados a la barandilla donde finaliza el paseo, un grupo de personas con salvavidas rojos atados a una cuerda. Al arrastrarle la corriente contra la zona del pedrero, una roca segó su pierna como un cuchillo y la sangre, tan escandalosa, empezó a manar tiñendo de rojo la superficie del agua. Olas de dolor, como latidos fluctuantes, rompían sobre su cabeza. Sin embargo, aquel impulso consiguió que se acercara unos metros hacia la barandilla. Los hombres que intentaban el rescate le tiraron con fuerza el salvavidas atado a la cuerda. Se posó en el agua a unos centímetros de donde estaba y a punto estuvo de engancharlo cuando el reflujo de la ola lo volvió a tragar como una serpiente. Pensó que había pasado su oportunidad. Un hilo de consciencia y una fuerza que ya no sabía de dónde sacaba lo mantuvieron a flote hasta que otra ola lo acercó a la barandilla. Esta vez no se golpeó con ninguna piedra y antes de que la ola retrocediera, vio el flotador caer a su izquierda. Se agarró a él intentando concentrar la poca energía que le quedaba en sus brazos. Lo arrastraron con rapidez evitando que una ola cercana lo estampara contra el muro y consiguieron asirle. Tenía raspaduras difusas por todo el cuerpo, como si sudara sangre. Lo demás estaba

preparado. Lo echaron en la camilla y lo llevaron hasta la ambulancia medicalizada. Un rayo de sol se abría ahora entre las nubes del horizonte, lleno de sangre turbia.

Lucía estaba allí. En la villa marinera las noticias de ese calado corrían como un reguero de la pólvora. Iba agarrada a la camilla que conducía a su padre hasta la ambulancia que ya esperaba en el paseo de la playa con el motor arrancado. Cogía la mano abierta de Mauro que tenía los dedos contraídos como si quisieran agarrar el aire, inertes, sin responder a los apretones de la niña. Corría para seguir el paso de los camilleros. Un municipal, delante, les abría paso sin contemplaciones ante el atasco que montaban los curiosos. A Lucía le dio tiempo para odiarlos, especialmente a los que sacaban fotos con sus cámaras. Quiso ir con él hasta el hospital, pero no la dejaron subir. Cuando la ambulancia partió con las luces rojas en sus crines y el sonido de su sirena aullando a todo volumen para abrirse camino, se sentó en el suelo y apoyando los codos sobre las rodillas se tapó la cara con las manos y dejó escapar un sollozo apagado. Las lágrimas caían por sus mejillas como gotas de lluvia sobre el rostro de una estatua. Después, dirigió la mirada hacia aquel mar injusto que bramaba sin parar. Al regresar, pasó por delante del barco varado como el cadáver de un gran animal marino. Allí, donde confluye la mar y la ría, permanecería unos días como testigo mudo de la tragedia. En su entorno, como si lo estuvieran velando, troncos abatidos se desplazaban por la fuerza del mar como si fueran juguetes rotos.

En el traslado, la ambulancia bufaba cada vez que daba una curva. A Mauro le pusieron unos puntos de sutura para que no perdiera más sangre y le trataron de urgencia con suero templado para combatir la hipotermia. Estaba al borde del agotamiento y su cuerpo no era capaz de generar el calor suficiente. Le retiraron la ropa húmeda y le dieron unas friegas. Lo entubaron y monitorizaron las constantes vitales. Una bombona de oxígeno con un tubo transparente serpenteaba hasta llegar a su rostro. Poco a poco empezó a tiritar y a perder la palidez cerosa que cubría su cuerpo. Reaccionaba. Subía la frecuencia cardíaca. La respiración espesa resquebrajaba el aire con el sonido de quien parece regresar por el túnel que conecta la vida con la muerte. Como en una nebulosa, oía ulular el sonido de la sirena camino del hospital. Después intentó identificar otro sonido aún más cercano, pero no pudo. Era el traqueteo de la camilla impulsada por un celador.

Al abrir los ojos Mauro estaba desorientado. Tenía la sensación de estar suspendido en el aire, flotando. En la sala se oía un sonido de voltaje bajo, insistente. Confundi6 el parpadeo de la luz roja de un monitor que controlaba sus constantes vitales con la luz del barco en los días que la niebla se tupía hasta confundirse con la superficie del agua. Tardó unos segundos en procesar aquellas paredes de un blanco immaculado y aquel tubo dejando caer unas gotas que fluían desde la botella de suero y se incrustaban en su vena. Cuando giró la cabeza descubrió a su hija amodorrada sobre una silla con un libro caído sobre el regazo. Él no habló y una sonrisa tierna curvó la comisura de sus labios. Lucía se dio cuenta enseguida de que su padre había despertado y lo abrazó de manera efusiva. Se hundió entre las sábanas hasta fundirse con él. “La pierna”, dice Mauro dolorido antes de que la niña deshaga aquel nudo. Le pide perdón mientras le atusa los pelos enmarañados. Piensa en lo que le gustaría hacer por él aunque no pueda hacer nada. Le pregunta cómo está y le hace prometer que nunca más irá a pescar en uno de esos barcos.

Mauro se lo promete. Aunque no sepa qué hacer con su vida cuando salga del hospital, sabe que va a cumplir aquella promesa. No era la primera vez que naufragaba, aunque nunca había estado tan cerca de la muerte. Ocurre lo mismo que cuando se tiene un dolor muy fuerte: la felicidad consiste en que desaparezca, con eso te conformas. Después sabes que la vida sigue, que con eso no basta, pero en ese momento no importa.

Le dieron el alta un mes después y, fuera del hospital, con la ropa puesta, se dejaron ver de forma más rotunda las huellas que le había dejado el accidente. Había adelgazado mucho, las mejillas se le hundían en la cara, la piel se había replegado para proteger los huesos y tenía una expresión de serena languidez propia de un asceta. Estaba encorvado y los pantalones caían tiesos y holgados, como si ocultaran palos en vez de piernas. Aquella ropa evidenciaba los kilos que se quedaron por el camino. Lucía lo abrazó y sintió su delgadez en el borde afilado de sus escápulas, y al observarlo, le recordó a un mártir de El Greco salido de uno de sus cuadros. Se miraron con una ternura infinita, y se dijeron, sin hablar, que iban a protegerse el uno al otro. Que saldrían adelante.

Clara

